

NOTAS SOBRE LA CREACIÓN POÉTICA

Javier PEÑAS

BIBLID [0213-2370 (1995) 11: 1: 107-119]

El autor, premio Adonais 1983, reflexiona sobre su concepto de poesía y creación, e incluye algunos poemas de su último libro, "El amanuense".

The author, winner of the Adonais Award 1983, reflects on poetry and creation, including a selection of his last book's poems, "El amanuense".

Voy primero a mostrarles mis reflexiones sobre la creación poética, algo que yo no me atrevería a denominar «Preceptiva personal», puesto que son más bien notas que me han ido asaltando en mi camino como lector y que he ido haciendo mías con la meditación, unas veces. En otros casos, por la misma revelación que supone encontrar escrito un pensamiento poético que yo llevaba agazapado, son formulación propia en las entretelas creadoras. Posteriormente leeré una selección de poemas pertenecientes a mis ya más de diez años de oficio, que han dado a la imprenta tres poemarios, más un cuarto hasta la fecha inédito.

En punto a creación artística –y la poesía no es una excepción– las verdades o los atisbos de verdad no son demostrables: existe un aliento misterioso en la verdadera obra artística, un don, que no siempre podemos acotar y servir con puente de paso en fórmulas de estética no refutables. Que yo haya escrito lo que sigue con convencimiento no es óbice para que solicite su benevolencia.

* Esta intervención de Javier Peñas tuvo lugar en un seminario sobre poesía contemporánea celebrado por el Departamento de Literatura Hispánica de la Universidad de Navarra.

La poesía debe surgir de la necesidad inminente, como labor dichosa, y alimentarse de silencio. A la poesía le conviene la soledad. No significa esto que el poeta tenga que ser un solitario; al contrario, su sensibilidad supurativamente porosa le hace vivir intensamente la realidad para luego transvivirla, por un apremio urgente, en el poema. El poeta no puede no escribir; en cierta ocasión, a la pregunta de que por qué escribía, respondió: «escribo porque me sale». El silencio proporciona al poeta lo que los decibelios de otros cotidianos trajines le vetan: la contemplación. Sin prisa teje -o desteje- y halla gozo en el verso que le viene «dado» (el poema debe tener palabras o versos «dados», el poeta disfruta de tal «don») o en el laborioso hallazgo. La vida contemplativa obsequia al poeta con un progresivo conocer y conocerse que se prolonga desde tiempo antes de la concepción hasta después del acto creador. ¿Quién ha llevado la mano de este escribiente? Ese «conocimiento» se convertirá entonces en un regalo para los lectores. Fischer (200) escribe: «El poeta es un descubridor de experiencia y gracias a él los demás hombres adquieren el poder de reconocerla».

La poesía debe mostrar preocupación por el eterno misterio de la vida humana. Por medio de la poesía nos acercamos a la gran fiesta del júbilo o al sentimiento nihilista más aniquilante; conocemos la decepción, el engaño y la impotente rabia, pero también la nobleza, el encanto y el amor por lo grande y por lo pequeño. El arte no es trivial, y cuando actúa desde el experimentalismo, cuidará de no dejar por el camino a base de juego y/ o hermetismo la índole metafísica que le es propia. Poesía no es filosofía ni teología, mas vibra en ella un diapasón trascendente. Permítanme que les lea dos breves fragmentos del poema lúdico «Carta de noche a Carlos» del poeta postista Eduardo Chicharro:

Carlos yo te escribo trece trenes/ trinos trece te estremece/ y te envío
mecedoras/ a tu casa./ Que tu casa es una cosa/ que no pasa./ En el

fino sutilísimo te escribo/ del estribo (...) Pasan ciervos por mis ojos/
luchan truchas en mi leche/ por debajo pasa el grajo, por la orilla la
abubilla./ Que mis ojos son de corcho sueño a veces/ y las heces que
vomito son de oro/ ...

Juego de música e imágenes oníricas, versos propicios para la discusión: ¿son triviales? Escuchen de todos modos la «Visio smaragdina» de Juan-Eduardo Cirlot:

Maresmer/ maresmel vad/ valma redar/ mares delmer/ Deser verdal/
vernal damer/ adler es mar/ verden lervad/ Maresmer ver/ desmeral dar/
dar/ ver/ verd/ verd smeral;

y escuchen lo que firma el escritor Juan Perucho en la tercera de ABC del día 3 de septiembre de 1990:

Cirlot ha sido un gran poeta silenciado, olvidado (...) Su voz con el tiempo empieza a crecer y sale del intimismo pequeño-burgués a que estamos acostumbrados, se alza con resonancias épicas y de heroísmo...

Sería un grave error por nuestra parte calificar a un poeta por uno solo de sus poemas, porque justamente Cirlot es uno de los autores más visionarios y metafísicos del siglo XX.

La poesía debe sorprender por su estilo diferente. Cuando Eugenio d'Ors afirma que «lo que no es tradición es plagio» nos está recordando que el escritor se halla inmerso en un determinado segmento de una historia cultural, pertenece a una tradición literaria. Dicho de otro modo: ningún escritor es propietario de la originalidad en sentido puro. Si imaginamos por un momento a un hacedor de versos iletrado, tendremos que admitir que a él también llegan una temperatura cultural y unos hábitos lingüísticos herederos de una tradición. Sus posibilidades de distinción como poeta deben de ser, en principio, más escasas que las de los poetas «leídos» o ilustrados; estos buscan esa originalidad relativa con osadías gramaticales (C. Vallejo), ensayando nuevos

metros y ritmos (R. Darío); otros ponen mayor interés en lo imaginativo (V. Aleixandre), o explotan el absurdo de la semántica; hay quien explota el valor poético del lenguaje coloquial (B. de Otero) y quienes persiguen afanosamente la sencillez, esa poesía a simple vista tan fácil, pero plena de eficacia cuando es bien hallada.

Sin embargo, la poesía no es un ejercicio de estilo ni un elegante decir de buen tono. La poesía debe emocionar, por qué no fascinar, siempre conmover. Escribe el profesor Steiner:

Cuando el acto del poeta penetra en los recintos (...) de nuestro ser, trae consigo un llamamiento radical en favor del cambio (176)

Es de todos sabido el valor utilitario nulo de la poesía. La validez de la palabra poética pertenece a otro. ¿Es imaginable un mundo sin poesía? Veamos la respuesta de Steiner a esta cuestión referida al arte musical:

Un mundo sin música no sería necesariamente un mundo muerto en el sentido biológico y geológico, aunque sería explícitamente inhumano. (239)

Yo creo en la facultad conmovedora y transformadora de la buena poesía; hay versos de A. Machado, de J. Ramón Jiménez, líneas de Azorín y de Gómez de la Serna (por citar autores españoles contemporáneos) que se han incorporado a mi vida, «bonificándola», en un conjunto de acepciones que van más allá del aprecio moral y de humanas responsabilidades. El artista, si se me permite así decir, es un ser más próximo a la belleza que el resto de los mortales.

A veces la belleza, inopinadamente, se presenta al poeta como una revelación en forma de unas pocas palabras felizmente asociadas. Es un aviso de potenciales desprendimientos; el poeta, alertado, se pone a trabajar. El poeta se pone a trabajar otras muchas ocasiones aunque no escuche ese franco fluir. El poeta es-

pera algún día una crecida de caudal, esa voz, pero más límpida y entregada.

La poesía debe fingir con elegancia. La *Égloga III* de Garcilaso es un modelo de elegante ficción poética. Fingir consiste en rehuir la veracidad periodística del relato directo. Fingir es «eludir el nombre corriente de las cosas», en palabras de Ortega y Gasset («Góngora», 88). La ficción no debería ocultar el dramatismo de la vida. La actitud contemplativa del poeta quiere entrar en la vida interior de las cosas, sentir la Naturaleza y las vidas humanas, articuladas entre ilusiones y desmayos. Por la ficción el poema puede ganar en hermosura; el que se nos ofrezca como noticia inacabada da pie a que entremos en una zona incierta; sobrecogidos, no acabamos de saber, pero algo nos ha sido revelado. «Con perfecta ingenuidad exclamamos: ¡Qué verdad es esto, sólo que yo no me había fijado!» (Ortega, «Estafeta», 126). La ficción procura que el poema no actúe inmediatamente sobre nuestro espíritu. Necesitaremos más lecturas del poema. Y tiempo. Gadamer (110-11) advierte: «Se trata de que aprendamos a demorarnos de un modo específico en la obra de arte».

La buena poesía debe soportar más de una lectura, no sólo por lo que acabo de apuntar sino por el espesor semántico de que van dotadas las palabras en la pieza poética. Poesía es también labor de condensación. Al escribir hace un momento que nos será preciso «tiempo», he querido expresar el paso de los años, la experiencia vivencial y lectora acumulada a lo largo de esos años. Es comentario corriente entre profesores de literatura la huella tan distinta que han marcado unos versos leídos a distintas edades. Resumiendo: ficción y condensación hacen que el poema «plurisignifique»; tal vez en él reside un margen de magia inexplicable, fruto de la infabilidad con que están enfrentadas las humanas palabras limitadas.

La poesía restaura el significado original y veraz de las palabras. Frente a quienes manipulan el idioma desde adulterados poderes, surgen poetas -pienso ahora en el polaco C. Miłosz- que hablan con la marca de ese descontento que en el ámbito político-cultural se denomina «disidencia». Ya en mi primer libro escribí que la gente tiene hambre de palabras, poniendo de relieve la inaplazable necesidad de comunicación que especialmente en este tramo final de siglo atañe a los que le cuentan chistes a su ordenador o a aquel que, haciendo «footing» embebido en estereofónicos auriculares, es mordido por un perro al no haber oído sus ladridos. En cualquier caso, la comunicación es decisiva para todos. El poeta, alejado de esos poderes, tendría que entregarnos las palabras con esplendente limpieza, a fin de que la comunidad posea un referente sensato, un contrapeso sensible a las calculadoras dosis de mentiras que nos son dispensadas en mensajes guarnidos. Esto es, poeta comprometido, sí, comprometido con la verdad que transmite desde su conciencia despierta e incorrupta.

Se queja el dramaturgo Francisco Nieva (ABC, 23-I-94, 3) de que el público teatral de estos tiempos no degusta la palabra, porque no sabe escuchar, o simplemente porque no escucha; quizá el público de calidad asiste escasamente a las representaciones ante un notable descenso de la calidad de las obras que se ofrecen. Un buen modo de educar el gusto por la buena literatura es disfrutarla recitada. Una página bien escrita incita a la oralidad. A pesar de que la interpretación tal vez condicione la lectura que posteriormente nosotros nos hagamos en lo hondo de nuestra soledad, la poesía en alta voz cuenta con ventajas desdeñables; entre otras, el rapsoda nos sirve, gratuitamente, eso tan decisivo para la participación como es el tono: la palabra en frescor.

LA STRADA

Érase una vez la calle.
En la calle se vende ilusión,
en la calle se vive de la pirueta
y de mascar bombillas.
Es la calle.
Es la vida quien te lleva a la calle
y en el pomo de la noche
alguien es capaz de figurarte las luces
del ensueño.
Tienes quince años, y un poco después, la calle.
Y la calle te va trenzando en su juego malabar,
te entrega una estampa, tal vez un arcoiris
o una catarata de sonrisas;
la calle no traiciona:
ella sabe la música adecuada para
subir persianas o acariciar los ojos.
La calle es tan amiga
que en los trasteros de la madrugada
se te dará en silencio con el vestido nuevo.
La calle es limpia porque la habitan carretas
y esos niños siempre sucios y cariñosos.
La calle se fija en un corazón y lo abate
y lo recoge y luego le da de la dulzura
de amanecer con la mirada un poco triste,
pero con la libertad de oro, sin posible tarifa.
La calle da con lo imposible; si tienes
quince años, acude al estreno de la fascinación
para que la calle te tome con sus manos de cinta.

SILENCIO

Vivo del silencio;
quizás, a cambio de un alfar,
ustedes me darían
un plato de muerte
o un «hobby» caro
con que adornarme la solapa.
Pero es que yo
vivo del silencio
y apenas me interesa algo más
que la suave cerrazón de los postigos
que sepultaron a mis antepasados.
Yo me siento viejo y sólo me
interesa la callada antigüedad
de los brotes de una pena que se trenzó
en la memoria como una abrazadera,
y si yo les ofreciese de mi barro
a lo mejor ustedes
pondrían broche a mi carrera,
y yo no quiero,
no quiero que mi silencio sea
su silencio,
y perdonen.

CIUDAD

De rondón uno ama una ciudad,
las ciudades, pero sobre todo una ciudad.

La ciudad que yo amo es gris y severa; en ella,
 como en noviembre, pesa una textura de calma,
 un aplomo decisorio de que vendrán los fríos
 y ese sol gélido hibernizo de las parcas sobremesas.

Yo amo una ciudad segura de horizonte
 y que se sabe instrumento de los siglos, instrumento
 de veras en manos de gentes directas, sin matices.

Y la ciudad, en su abandono, me rodea y me ama,
 a mí, que tan abandonado y lejos vivo,
 para que en mi desasimiento no me falten
 su sepulcro vivificante, sus luminosas clausuras.

IMPECABLE

Impecable y feroz es la estela del cínico
 tanto
 que cuando se avejente de brillo
 no habrá diferencia con el hombre
 que fue.

Coleccionista de arte,
 catador por entretelas de los ojos
 que anima cierto vino apartado,
 tenaz visitante de corredurías,
 el cínico se conforma con que no se le recuerde;
 su escolta es su estela.
 Su complexión de hielo, achacosa y ajante,
 está difuminada arteralmente

en su afabilidad
con que aprovechando la soltura del brindis
te
apuñala.

VARIACIÓN SOBRE UN MISMO TEMA

Nada más orientador que un orillero nutrido
en la inquina obediente del celofán rosado.
No más que miniar con artifice esmero,
luego es ya sólo repetir y repetir
con insistencia, con obcecación, con lujo,
repetir, marear hasta el arte, repetir,
soñar con lo insistido arteramente
rayando en verdadero su obsequio radiante
tras tanta cala como en el norte orvallo.

Son verdad estos colores y prosiguen
los siguientes: «Es verdad, son verdad estos parajes»,
porosos, colectivos hasta la ronquera inútil;
y nunca ya sabremos cuántos rutilantes años
tendremos apetito de esa miel-melodía
o si caeremos estallados de mascar la amargura
en el veneno eficaz de aquel animalejo.

LÁMINA DE SILENCIO

Soy amanuense del silencio.
 No tengo otra heredad que el légamo
 de estas mis palabras bienamadas:
 cómo se atolondran, cómo se aturullan,
 mientras de las manos, inertes,
 nos caen los utensilios, la broza que obtura,
 y contemplo tácitos los astros, su observancia,
 su ritmo mural y su bella frialdad. Cómo
 hunden su cáscara en el agua anegante
 del silencio, cómo se azoran y apretujan
 al esternón del tráfago, antes de...
 perder amarras y abandonarse a la belleza:
 en un rincón, un amanuense copia el universo.

SONETO

Yo amo los rincones: en Venecia
 esas placitas cárdenas y rosas;
 en Sevilla, Sierpes, y sinuosas
 las callejas donde la reja arrecia
 un hondón velado que el alma aprecia.
 Ir y venir entre olorosas
 rinconadas, afluentes de mimosas,
 amando canalillos con su recia
 y húmeda canastilla de gorriones;
 sopesar esquinazos, voladizos,
 el leve tremolar de los alambres

que nos decide los ojos tornadizos.
Amo los recovecos: corazones
que han dispuesto amorosos sus estambres.

CANDELARIO

Aire de filo agreste en Candelario,
castaños sombreantes, patria honda,
agua corrediza de mis años, fronda
para patria beber el libertario.
Esta tarde de agosto es estuario
de nieve recordada hacia redonda
paz, tercos picaportes, hacia honda
y cayado en letargo solitario.
Mas torno pina a las calles mi mirada,
retomo aliento estricto de maceta
con doblado portón al azul cielo;
el caño pasadizo, la cuajada
nieve de esta vieja meseta,
castaños, aire..., nada más anhelo.

LÁMINA FINAL

A menudo estos días
se me representa Francesco
echándose, arrojándose
a llorar tras el abrazo
a un leproso de campanillas;

y en 1734 el cantor de Leipzig
 dotando de armonía a «En todas mis acciones
 me dejo aconsejar por el Altísimo», en la rendija
 Ana Magdalena lo contempla bien herido;
 y luego Edith Stein escribiendo simplicidad
 y transparencia para aquella andanada
 colectiva de los altos hornos. Veo
 a mi padre sorteando la ley de fugas
 en Manzanera, frío de hoyadas y letrinas;
 y a mi madre diciendo a contrarrio,
 «palabra viva y de repente»: «La vida es muy injusta»,
 con los ojos clavados en el cielo
 y en la fabricación de infiernos tan abyecta.

OBRAS CITADAS

- Fischer, E., *La necesidad del arte*, Barcelona, Península, 1989.
 Gadamer, Hans G., *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós/
 ICE UAB, 1991.
 Nieva, F., «Un teatro sin escritores», ABC, 23-I-94, 3.
 Ortega y Gasset, J., «Góngora, 1627-1927» en *Espíritu de la letra*, P. Garagorri (ed.), Madrid, Revista de Occidente-
 Alianza, 1986, 87-95.
 —, «Estafeta romántica. Un poeta indo», en *Espíritu de la letra*,
 121-135.
 Steiner, G., *Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1991.